

# ESE OSCURO ANIMAL DEL SUEÑO

---

# ESE OSCURO ANIMAL DEL SUEÑO

Un rumbo de oscuridad  
que se dirige hacia el canto.

Jorge Guillén

Son muchas las puertas, muchas las hendijas, y no alcanzo a pasar. Me pliego sobre mí misma como mi primigenia infancia, me vuelvo flexible, delgada, impalpable, y no alcanzo a pasar. Me sumerjo en el espacio, y no alcanzo a pasar. Retrocedo, intento el otro sitio, oculta guarida. Rescato el aire que ya no es el mismo. Me vuelvo de espalda para no mirar. Retengo el aliento, mi tormentoso aliento, mientras busco otra salida. Allí el sitio se hunde, un sitio sin orillas, casi lo toco, y no alcanzo a pasar. Un denso letargo va colmando mi cuerpo, presiento en lo lejano las láminas del cielo. Evoco el otro tiempo, el de los hondos desvelos y ese oscuro animal del sueño.

Dionisia Palau

Tú que estuviste en sitios de fragante primavera. Tú que atravesaste aquel puente suspendido en el vacío, abajo en las honduras batían las aguas sus espumas.

Tú que desafiaste a la noche con un cocuyo inmóvil encendido en tu pecho. ¿Por qué no vienes a colmar de pasos mis desiertas llanuras? ¿Por qué no vienes en esos remolinos de infatigable viento a acariciar mi cuerpo detenido a mitad de camino?

*Dionisia Palau*

Miré la bruma que envolvía todas las cosas,  
la levísima bruma del comienzo de otro día.

Salté por encima del muro, siniestro entre la bruma.

Acaso está allí temblando como si lo hubiesen  
herido. Caminé del otro lado en un silencio duro.

Caminé contra los vientos, contra las garras del  
viento dejando que me azotaran. Comencé a buscar  
la palabra que se hallaba muy adentro, tocando los  
bordes del alma. Sentí miedo de perderla, que se me  
fuera muy lejos sin poder alcanzarla. Pensé en un  
infinito donde acaso se halla atrapada. De pronto

llegó muy queda sin saber de dónde venía.

Su llegada me dejó estremecida temblando en  
medio del día.

Tus pies cambiaron de tierra.  
Quisiste caminar hacia las claridades.  
Pensaste el nombre amado como única meta. Te  
empeñaste en seguir adelante, atravesar las  
honduras, saltar sobre las fuentes vaciando con  
estrépito la espuma de las aguas. Cruzaste altos  
fuegos que apenas te rozaron. Te arrastraste hasta el  
confín del tiempo. Dejaste atrás los sitios de lo  
oscuro, los filos de la piedra. Pensaste con tu aliento  
alcanzar los resplandores, blanquear cerradas  
tinieblas contemplando las estrellas como vecinas  
almas temblando allá en lo alto. La noche llegó de  
pronto borrando tus caminos y te quedaste sola, sin  
lámpara, sin palabra.

Pasaron los años como un vendaval crecido. Dejaron un rumor amargo, un profundo estupor. Pasaron largos y lentos, sin sentirlos, sacudiendo su inalterable tiempo. Me arrastraron en su pecho, me arrastraron en su espalda. Pasaron ensimismados llevándome en su anonimia, su impetuosa dimensión.

Me dejaron sacudida, desnuda de toda ambición. Me dejaron escupida, llena de mordeduras, retenida entre sus garras. Pasaron los años lejos...  
¿Dónde está mi corazón?

*Dionisia Palau*

Hay un círculo que me envuelve y deja mi cuerpo apresado. Lejos tal vez amanece. La gente pensará insistente en los afanes del día. El círculo se va cerrando. Pienso en las primeras vertientes, en aquellas piedras húmedas. Recuerdo gritos lejanos y ocultos caminos. Está cayendo el rocío sobre la yerba de entonces. He olvidado los comienzos. He olvidado los lugares. Sólo me aprieta este círculo. Acaso ya es mediodía. El sol estará en lo alto celebrando sus deslumbres. Yo estoy fija aquí en lo oscuro encerrada en este círculo.

Estoy en contra de todo, del que me dijo te quiero, del pájaro que echó a volar, de la diafanidad del cielo, de la senda que va cuesta abajo y de la que trepa hacia arriba. Pasa una nube y pasa el aire. Se diluye la voz en el espacio y en el terreno, sitio donde yo me hallo, hay un desvivir perenne, un anularlo todo como si una gran esponja fuese borrando la vida. Recuerdo los otros tiempos, la transparencia del aire, los enlaces del amor, la infinitud de las horas cultivando cada instante y aquel gusto por las cosas, aquella recreación del tacto, mis dedos sobre una piel de animal.

*Dionisia Palauis*

R  
etírate. Retírate hacia adentro.  
Un poco más allá, más hacia adentro.  
Empuja hasta tocar el borde. Respira fuerte. Exhala  
el aire reprimido en tu aliento. No te detengas.  
Aprende a caminar de espaldas. Deja tu frente al  
descubierto. Si te hieren haz que tu cuerpo salte, se  
sacuda la sangre, el polvo oscuro. No dejes que la luz  
te encandile. Cierra los párpados y mira lo que  
irradia la tiniebla. Lleva contigo tu desfallecida  
palabra, tu naciente canto. Inaugura tu voz en lo  
más hondo.

La noche es de plenilunio de abatido resplandor. Estoy en el descampado cabalgando en la amargura de tanta desolación. Soy una mujer que llora, una mujer que suspira. Tengo gestos que me visten con los que vienen de atrás. Hay un quehacer que nombra voces de otros instantes que siguen perteneciéndome. Hay un pensamiento mío que siempre me está traicionando. Fuera está la primavera con sus flores de amaranto, sus neblinas y sus lluvias. Escondo el rostro para que nadie lo mire, lo escondo bajo la sombra. Sofoco mi largo quejido que nadie alcanza a escuchar.

*Antonia Pelayo*

Estoy flotando sin raigambre alguna. ¿Dónde quedó aquella gallardía manteniéndome erguida vislumbrando en alternancia oscuridad y deslumbre?

Busco la proa de una invisible nave que ondula lenta en una ceremonia disolvente, un espejo de aguas donde se reflejan lejanas perspectivas, aquella incitación adulterada que violaba los días uno a uno. Todo se ha vuelto frágil y una álgida memoria envuelve vacilante las horas que ya fueron. Estoy flotando en un vaivén sin prisa subrayando los días de los trazos perdidos, trasponiendo vigilancias y custodia. Se va esfumando la plenitud perdida y una humillante degradación me va empujando hacia lo hondo. Estoy flotando en negro humero, sin llamas sin resollo removiendo cenizas y flotando.

Éstas mis manos estériles que han perdido todo roce. Quieren tocar la nube, la solitaria nube que se halla en el firmamento. Quieren tocar el silencio, aquella muda palabra que yace en los pliegues del labio. Dialogar con los rumores de todo lo desconocido. Quieren rozar apenas el aura que deja el olvido. Aprisionar las distancias. Oprimir la tierra árida que un día habrá de cubrirme. Hay una cuenca honda donde mis manos se ocultan. Mis manos van persiguiendo aquel azar del encuentro, los destellos de los días y las fases de la luna. Están balbuceando mis manos la ingratidez del instante, tocando una piedra ardiente sin sentir su ardor en lo profundo. Quiero deponer mis manos, dejarlas en sitios seguros, cerrar su apretado puño. Desprendidas de mi cuerpo, dejarlas que vuelen libres con el palpititar del viento, acaso regresen floridas llenas del soñar perdido fecundadas por el germen de un nuevo canto de amor.

Hoy el viento se ha aquietado.  
Todo ha ido adquiriendo una paz de duermevela,  
una luz casi apagada. La noche se extiende lejos y  
deja aquí su penumbra, su dormida claridad.  
Se piensa en el día cercano, en el volumen terreno.  
Se piensa en lo que yace muerto, en esta quietud  
furtiva apenas estremecida. En rumores confundidos  
que cruzan por el espacio. En las playas sin orillas  
que nunca tocaron sombra. Se piensa en un cuerpo  
inerte, no está vivo, no está muerto,  
está lleno de vacíos.

Una canción silba en el viento.  
Un largo canto exhaustivo, entrecortada palabra.  
Sal. Deja ese sitio de agonías y mira cómo se  
enaltecen la tarde en la colina. Sal. No pienses en los  
muertos. Deja que sus huesos se vayan reduciendo,  
reintegrándose a la nada. Sal con tu cuerpo de  
viviente a fabular tus sueños. Di tu palabra. Si nadie  
te escucha, habla con los astros, con la sombra que  
pasa. Elige un sitio de resplandor oculto.

E  
speraré paciente a las que se me asemejan.  
Vendrán crecidas por la sombra soportando el peso  
de su poderío. Los tobillos ceñidos por un signo y  
con ellas todas mis ocultas riquezas, anillos y  
pulseras, largas cadenas de marfil. Tendrán los  
mismos brazos, el mismo pelo oscuro y las manos  
semejantes a mis manos. Regresarán de sus andanzas  
a tientas por los días, por ciudades y pueblos  
sumergidos donde se habrán paseado a solas con  
grandes ramos de siemprevivas. Silenciosas y altivas  
recorrerán la casa, alcobas y pasillos. Se sentarán en  
anchas mecedoras tejidas con palma calada por  
donde el aire entra y sale y suavemente se mecerán  
sobre la palma, las que se me asemejan. Más tarde,  
de espaldas a la casa, sus largos camisones barrerán  
el polvo anochecido. El tiempo derramado me  
llenará de círculos, de batallas de sombra, mientras  
yo esperaré paciente a las que se me asemejan.

D e la vida nada he aprendido, la memoria se ha escapado por las sendas del olvido. Los sentidos están vivos pero el alma fatigada ha deshecho los albores lejos de un infinito. Me hago a mí misma preguntas que quedan sin contestar. Todo en mí está muy callado sumergido en el silencio.

Estoy en un sitio muy frío, estoy despierta y sin lumbre. No sé por dónde empezar. Hay un respiro inmóvil, un mundo de ojos cerrados, una tristeza honda, un querer morir sin ruido.

*Dionisia Palau*

Algún día la muerte me derribará.  
Vendrá callada y sin brillo desparramando su ardor.  
No escucharé su paso. Me tomará desprevenida  
acaso a mitad del día o en el final de la noche.  
Nada sabré de su peso, de su desnudo deseo.  
Se acercará suavemente o con iracundo temblor.  
Con un anchuroso manto toda me envolverá.  
Quedaré prisionera sin sentir y sin soñar. Quedará  
atrás la vida, el palpitar de la sangre, los sabores y  
los gestos. Los cantos se apagarán. Me dejará sin  
ojos, mis ojos para mirarte, tendré las cuencas vacías  
y el soplo de mi respiro nunca más lo sentirás.

La casa se derrumbó. Dejó unos polvos dispersos, trozos de cemento duro. Dejó también los recuerdos regados por todos los sitios. Los techos que rebosaban de un agite de palomas se vinieron muy abajo. No quiero rehacer la casa, levantar nuevos muros, ni puertas, ni tejados ni una pequeña ventana por donde pasaba el mundo, ni aquel anchuroso umbral donde se alzaba el portón y yo penetraba en los días, en las noches, buscando allí mi calor. Se derrumbó la casa, una casa transparente donde el día se encendía y temblaba por la noche una densa oscuridad. Nada quedó de la casa, ni la luz en las paredes ni en el patio el resplandor. Sólo el silencio recorre el vasto espacio vacío y las palabras estériles con delgados filamentos que el viento disolverá. Yo me quedaré en la intemperie mirando la niebla en los árboles hasta que llegue la muerte, una casa que alza el tiempo y nunca se derrumbará.

